

LA EXPERIENCIA ESTADÍSTICA CANADIENSE

Jean-Pierre Beaud *
Jean-Guy Prévost *

Geográficamente hablando el Canadá es una inmensidad. Tanto en el plano político como en el económico, el país es lo que su situación demográfica y su carácter periférico le permiten ser, a saber una potencia mediana. Participa en los trabajos del G7 y luego del G8, así como, de manera modesta, en las actividades militares de los países occidentales, y es miembro del NAFTA, acuerdo norteamericano de libre comercio. Depende —mucho— de su vecino del sur con el que ha mantenido en el pasado relaciones variadas, a veces conflictivas como en ocasión de la guerra anglo-americana de 1812-1814, más a menudo armoniosas durante el mandato del Primer ministro conservador Brian Mulroney. En el extranjero, el Canadá tiene en general una buena, incluso muy buena, reputación: es un país tranquilo, poco peligroso, más bien abierto y simpático. Fuera del problema de la independencia de Quebec, nada o casi nada viene a perturbar esta imagen de «buenos muchachos». El diario francés *Le Monde*, por ejemplo, sólo consagra unas pocas páginas a un país que, desde el punto de vista periodístico, resulta en suma poco interesante. Los norteamericanos, por su parte, lo ignoran o en menor medida todavía lo consideran como una enorme reserva natural, un país de caza y de pesca, una suerte de *arrière-pays*. En los medios científicos, los investigadores canadienses son con frecuencia incluidos en el gran conjunto universitario norteamericano. Desde este punto de vista, los habitantes de Quebec son quizás un poco atípicos, en razón de su origen en gran parte francés y de sus más fuertes lazos con Europa. Considerado globalmente, sin embargo, el conjunto canadiense no parece ser más que un doble más tranquilo, más moderado, más sano, del *gran hermano norteamericano*.

¿Por qué consagrar entonces un texto a una experiencia estadística que, en primera instancia, podría ser pensada como una simple copia de las experiencias, en primer lugar británica y luego norteamericana? ¿Acaso Canadá no ha participado, al igual que Australia y las otras colonias británicas, en las conferencias de estadísticos del Imperio, y luego de la Commonwealth, ampliamente controladas por los representantes de la metrópolis? ¿No han estado los estadísticos canadienses constantemente en estrecha relación con sus colegas de los Estados Unidos e importado, con algunos años de desfase, las innovaciones norteamericanas? Así, la máquina

* Universidad de Quebec, Montreal, Canadá.

Hollerith inventada en los Estados Unidos y utilizada en el censo americano de 1890 (que permitirá reducir a la mitad el tiempo dedicado al análisis de los resultados brutos) fue empleada desde 1891 en Canadá; del mismo modo, las técnicas de sondeo, puestas a punto durante los años 1930, son importadas al Canadá durante la Segunda Guerra mundial, aparentemente sin real aporte. Sin duda, podrían encontrarse otros ejemplos que testimonien la escasa originalidad de la experiencia estadística canadiense. ¡Y sin embargo!, como luego veremos, la tesis de una originalidad *fuerte* de Canadá en materia de prácticas estadísticas puede ser sostenida en muchos aspectos. ¿Acaso la revista británica *The Economist* no clasificaba recientemente al aparato estadístico canadiense en el primer rango en lo referente a la calidad del trabajo realizado¹? Sin duda hay allí algo que debe ser explicado, aunque más no fuera en el plano del profesionalismo, de la tecnicidad, de la seriedad. ¿Cómo dar cuenta de este éxito, tanto más inesperado aún si se considera que, poco más de un siglo antes, Joseph Charles Taché, primer reformador estadístico canadiense, constataba que el Canadá poseía las peores estadísticas del mundo? ¿Cómo rendir cuenta de la construcción de esta imagen de seriedad que caracteriza hoy a la estadística del Canadá? ¿Cómo, en resumida cuenta, explicar la emergencia y la consolidación de una *ideología estadística canadiense*?

Una «historia exitosa» a la canadiense

Al leer una obra como *75 ans à compter*, publicada por *Statistique Canada* en 1993, se piensa que el éxito de los canadienses en materia de desarrollo estadístico ha sido particularmente espectacular. La historia que este libro nos cuenta es la de una confrontación constante entre un contexto globalmente desfavorable y una voluntad periódicamente reafirmada de erigir, a pesar de todo, un sistema de datos estadísticos de calidad. Esta voluntad no fue, ciertamente, recompensada en todos los casos, al menos en el corto plazo. Aunque llegan a evocarse momentos de retroceso, como por ejemplo durante el régimen inglés, en el largo plazo es sin duda esa voluntad la que triunfa sobre las tendencias centrífugas que actúan en el país, sobre los egoísmos que inevitablemente caracterizan a las organizaciones (ministerios, oficinas, niveles gubernamentales, etc.) y sobre los obstáculos que genera el crecimiento, ante todo el demográfico. Esta historia llevada a cabo por la propia institución no escapa a las reglas del género: en ella el razonamiento teleológico es allí el de una presentación. Desde luego, tampoco carece de virtud, incluso desde el punto de vista de una socio-política de las ciencias, ya que ilustra, a pesar de todo, la existencia de un conjunto de ideas, principios, hechos y juicios compartidos por suficiente cantidad de individuos como para que pueda hablarse de ideología. La ideología estadística canadiense es hoy un complejo discursivo organizado en torno a algunos temas básicos (éxito, profesionalismo, neutralidad, tecnicidad). En el presente texto mostraremos cómo se ha estructurado esta ideología y en qué medida posee un carácter distintivo. Precisemos que el uso de la palabra ideología no implica aquí una adhesión a la vieja concepción según la cual ésta no sería más que un reflejo deformado de la realidad, ni tampoco el recurso a la distinción entre lo que sería del orden (únicamente) del discurso y lo que sería del orden (material) de lo real.

En síntesis, el texto que sigue destacará algunos de los rasgos distintivos de la experiencia estadística canadiense así como los elementos principales de la ideología subyacente. Insistiremos particularmente sobre el período anterior a la construcción del *Bureau fédéral de la statistique*, ya que nos parece que el siglo XIX canadiense fue, en el plano estadístico, de una gran

¹ Según el panel de estadísticos reunidos por la revista británica, «el Canadá tiene las mejores estadísticas del mundo» (*Statistique Canada*, 1993, «Introduction»).

originalidad. Al menos, la historia que vamos a contar no ha retenido casi la atención de los especialistas de la historia de la estadística.

Estado y estadísticas

En su origen, al menos en la Alemania de los siglos XVII y XVIII, la estadística es una suerte de ciencia política. Su objetivo, según uno de sus fundadores (el profesor de derecho Gottfried Achenwall), es el de conocer el Estado con el fin de poder juzgar los asuntos públicos y contribuir a su sana gestión. Esta descripción de la situación de un Estado no otorga ningún privilegio a la cifra. La estadística de fines del siglo XIX, para retomar la feliz fórmula de Éric Brian, designa ante todo un *savoir-faire* de naturaleza semi-administrativa, semi-científica. La compleja historia que lleva desde la vieja forma alemana a la forma moderna ha sido contada por diversos autores. Esta historia pone en escena numerosos actores, de los cuales uno habría jugado un rol crucial: el Estado. Para Alain Desrosières, «la estadística se halla, como lo muestra su etimología, asociada a la construcción del Estado, a su unificación, a su administración» (1993: 16). En lo relativo a su estudio, no puede ser disociada, según Stuart Woolf, del análisis del desarrollo de la sociedad y del Estado modernos (1989: 588). Por tales razones no es sorprendente que se sitúe la «gran explosión de las cifras» durante el siglo XIX y que se considere al período 1820-1840 como particularmente determinante desde este punto de vista². Pero ¿qué ocurre entonces con los países que sólo tardíamente conocen este fenómeno de construcción estatal? ¿Experimentan igualmente un retraso en el plano del desarrollo estadístico? Y en caso de ser así, ¿de qué orden? El caso canadiense es particularmente instructivo ya que permite matizar la relación entre Estado y estadística. Nos enseña en primer lugar que en ausencia de estructuras estatales modernas, las innovaciones tecnológicas asociadas a las cifras no son necesariamente «bloqueadas», sino que transitan por canales diferentes que los burocráticos del Estado.

Régimen francés y régimen inglés

Se puede dividir sumariamente la historia canadiense en tres épocas: la primera es francesa, la segunda británica, la tercera «canadiense». Tal como se lo conoce hoy, el Canadá recién nace en 1867. Antes de esta fecha, el estatuto del país es —con grados diversos— colonial³, lo que no carece de interés desde el punto de vista que aquí nos ocupa, ya que puede esperarse que durante los dos períodos coloniales el desarrollo de la práctica estadística sea modelado en parte por el de las metrópolis. De hecho, el período de la Nouvelle-France ha sido considerado como particularmente rico, mientras que el período inglés, al menos hasta la mitad del pasado siglo, ha sido visto como más bien pobre. Esta distinción corresponde bien, globalmente, a la imagen que se tiene del rol del Estado en Francia y en Gran Bretaña. Durante casi un siglo, desde la constitución de la Nouvelle-France como colonia real (1663) hasta la Conquista (rendición de Quebec en 1759 y de Montreal en 1760), la práctica estadística tiene un buen desarrollo en la colonia francesa. En 1665-1666, Jean Talon, considerado el «primer estadístico oficial del Canadá» (*Statistique Canada*, 2), realiza un primer censo sistemático de la población de la colonia. Para algunos, este primer censo de la América del Norte sería incluso el primer censo

² Ver sobre este tema Westergaard (1932), Porter (1986) o Hacking (1990).

³ Los últimos vestigios de este estatuto colonial desaparecerán recién en 1931, con el *Statut de Westminster*, y en 1982, con la repatriación de la constitución.

de los tiempos modernos: «Es habitual que se dé comienzo a la historia de la estadística en Canadá con un golpe contundente. ¡El honor de haber realizado el primer censo moderno le pertenece a Canadá!» (Coats 1946: 109). A pesar de las pretensiones norteamericanas, la anterioridad canadiense deja poco lugar a dudas. Si bien es cierto que este censo de la Nouvelle-France realizado por el intendente Jean Talon no concernía más que a 528 familias y 3.215 «almas», el censo es moderno por su espíritu ya que es, en primer lugar, de naturaleza «estadística» y su objetivo es claramente la «medida social» (Coats 1946: 110). Dejemos a Coats enumerar los rasgos modernos de esta encuesta cuyo verdadero cerebro organizador fue Colbert: «La encuesta incluyó a todos; lo hizo 'nominalmente' o nombre a nombre; registró el sexo, la edad, la condición marital, las relaciones de familia, y la ocupación de cada uno; fue *de jure*; se realizó durante un período de tiempo determinado» (ibid.). Debe destacarse asimismo que este censo no fue un acto aislado ya que el mismo ejercicio fue repetido numerosas veces durante el régimen francés, y esta es, según Coats, la prueba de su carácter científico: «Que el censo canadiense en su pequeña escala fue un instrumento inteligente, concebido científicamente, y de uso político se comprendió mejor por el hecho de que fue repetido al menos en 16 ó 18 oportunidades...» (111). Con la Conquista, lamentablemente, el impulso fue detenido y, hasta fines del siglo XVIII, sólo se organizaron tres censos. Esto puede parecer mucho (en promedio un censo cada 12-13 años), pero es poco si se toma como referencia al período anterior (¡un censo cada cinco o seis años en promedio!). Sobre todo, según Coats, «en su mayor parte las estadísticas de los siguientes 50 años están compuestas por cifras dispersas recogidas de los informes de las autoridades británicas» (113). Y agrega: «es un período inicial, incipiente, aunque todo nuestro porvenir ya esté presente en ese embrión» (ibid.).

La historia institucional

Esta historia, hecha de tiempos fuertes, de avances y de retrocesos es contada aquí por quien, a partir de 1915, tomará las riendas de la oficina canadiense de estadística para hacer de ella una repartición dotada de poderes casi inquisitoriales, el *Bureau fédéral de la statistique*, ancestro directo de *Statistique Canada*. Sin duda, Robert Hamilton Coats no es el lector más neutral, ya que, naturalmente, tiene tendencia a interpretar el pasado a partir de la obra, considerable, que él mismo ha llevado a cabo entre 1915 y 1942. Partidario y artífice de un aparato estadístico fuerte, se identifica naturalmente con la práctica burocrática francesa, incluso de *Ancien régime*, antes que con el relativo *laisser-faire* británico.

A pesar de ello, si uno se refiere a una concepción institucional de la estadística, al trabajo de las agencias estadísticas oficiales, a la historia de los censos y los recuentos, la periodización tripartita coatsiana parece poco discutible, al menos cuando se consideran las grandes tendencias. Bajo el régimen francés, los censos son numerosos (37 censos completos y 9 parciales), regulares, y responden a una demanda claramente política proveniente del rey y de sus ministros. El crecimiento de la población, su capacidad de defenderse, el desarrollo de la economía de la colonia son otros tantos pretextos para censar. Esta estadística está destinada al poder central (en la metrópoli) y es no pública, por no decir secreta (los resultados quedan en manos de las autoridades⁴ y del rey y sirven a la enseñanza del Delfín). Durante el régimen inglés, la estadística, sin cambiar fundamentalmente (permanecerá en lo esencial no pública),

⁴ Que pueden, desde luego, utilizarlos para resolver problemas. Así, Jean Talon aprovecha los datos del censo de 1665-1666 para cumplir sus funciones de intendente de la justicia, de la policía y de las finanzas de la Nouvelle-France.

tomará sobre todo la forma de informes administrativos más que de censos. Se interrogará menos a la población (poco simpática a priori al poder inglés) y se apoyará preferentemente en los *Blue Books*, enormes misceláneas completadas con cifras diversas que el Gobernador hace llegar al *Colonial Office* en Londres una vez por año⁵. De hecho, será necesario esperar al principio del segundo cuarto del siglo XIX para que se retome verdaderamente la práctica de los censos. Un público, compuesto sobre todo por algunos diputados, en consonancia con lo que ocurre en Gran Bretaña (donde desde principios de siglo son organizados censos), reclamará periódicamente datos mejores, más justos y más recientes. Así, en el Bajo Canadá (que corresponde aproximadamente al Quebec actual), serán organizados censos en 1825, 1831 y 1842, mientras que en el Alto Canadá (que corresponde notablemente al actual Ontario), serán realizados conteos casi anualmente a partir de 1824. Desde los años 1840 (que ven la unión de los dos Canadás), tendrán lugar tentativas de estructuración del trabajo estadístico: organización de censos más sistemáticos y creación en 1847 de una Oficina de registro y de estadísticas, pero será recién con la Confederación que tendrá lugar un impulso real, al menos en lo que a censos se refiere. Para muchos, el primer censo digno de tal denominación es el organizado poco tiempo después de la creación del Canadá, en 1871. Comienza entonces el tercer período que se extiende hasta nuestros días y que, desde luego, un análisis más fino debería subdividir. En todo caso, puede datarse su inicio a partir de tres hechos significativos: en primer lugar, la memoria que Joseph Charles Taché redacta en 1865 y que gira alrededor de la terrible constatación de que el Canadá posee quizás las peores estadísticas del mundo y que lo hecho hasta entonces es con frecuencia de bastante poco valor (Taché, 1865); en segundo término, la clasificación de las estadísticas en la lista de los atributos exclusivos del poder federal; por último, la realización del primer censo de la Confederación. Un Estado casi soberano comienza a existir entonces; la burocracia, que había conocido una cierta expansión en los veinte años precedentes, se desarrolla; el despegue económico, que varios sitúan alrededor de los años 1890, es perceptible. Las condiciones parecen entonces reunidas para que se asista a un real despegue estadístico. De hecho, en el período que se extiende hasta 1912-1915 se operan algunas transformaciones en el plano estadístico como la promulgación de la *Ley del censo y de las estadísticas* de 1905 y la creación del Bureau du recensement et des statistiques. Del mismo modo, se asiste, al alba del nuevo siglo, a la creación de un ministerio del trabajo, gran productor de datos y se realizan encuestas estadísticas de envergadura. Para *Statistique Canada*, 1905 marca claramente la entrada del Canadá en la era estadística moderna. Para un activista como Robert Hamilton Coats, en cambio, será en 1912, con la creación de la comisión Foster, cuyo informe será la llave maestra de la exitosa reforma estadística de 1915-1918, que el Canadá comienza a romper con el amateurismo, la confusión, la prehistoria. Otra historia comenzará entonces: la de un éxito repetido, reconocido y publicitado, que conduce a *Statistique Canada* a declarar que «en todas partes del mundo, la excelencia de la oficina estadística nacional del Canadá es reconocida y el prestigio del cual disfruta está en su apogeo» (1993, Prefacio).

Los límites de la historia institucional

Sin embargo, esta historia deja casi en silencio, en primer lugar, a toda la producción estadística exterior a las agencias estatales y, en segundo término, a todo el basamento cognitivo del trabajo de recolección y de análisis de datos. El primer límite no es específico de la historia estadística canadiense ya que todas las historias llevadas a cabo por los propios organismos

⁵ Sobre este tema ver Bruce Curtis (1993).

privilegian naturalmente la dimensión institucional. Lo mismo ocurre con los trabajos históricos provenientes del exterior, centrados igualmente en el rol de las agencias estatales. El resultado es que una limitación de este tipo hace aparecer las rupturas como más radicales y más completas que lo que en realidad fueron. Tomemos un ejemplo. En el siglo XIX, se pensaba que la producción regular de datos estadísticos implicaba la existencia de una oficina, vale decir, generalmente de una agencia estatal, y de un personal –mínimamente– competente⁶. En un cierto momento, se planteó la cuestión de la *permanencia* de esta oficina: si se quería evitar que todas las tareas debieran ser retomadas cada diez años (formación del personal, preparación formal de la encuesta, etc.), era necesario convertir en permanente al organismo encargado de efectuar el censo. Por tal razón, las leyes que crean una oficina permanente han sido vistas como tiempos fuertes, como etapas y como momentos de inflexión en la historia de toda estadística nacional. Así, para *Statistique Canada*, la ley de 1905, que establece la creación del *Bureau du recensement et des statistiques*, organismo permanente, será considerada como el origen de numerosos progresos.

La estadística privada

Pero el desarrollo de la estadística se aprecia también por la maestría en el manejo de los útiles cognitivos asociados a ella y la misma no depende, necesariamente, del movimiento que anima a la estadística administrativa (o estatal). Ella puede estar asociada, en la misma medida, a lo que llamaremos, a falta de un mejor término, la estadística privada. Retomemos nuestra historia de la estadística canadiense. Antes de 1847, el Canadá no dispone de una oficina encargada de velar por la recolección de datos estadísticos. Los censos son organizados de manera poco profesional y la calidad de los datos depende mucho de la de los encuestadores. El censo del Bajo Canadá de 1825, por ejemplo, fue efectuado bajo la dirección de comisarios elegidos por el poder político y remunerados en función del número de casas visitadas y del tipo de ciudad o de localidad censada y, en general, se considera que, fuera de Montréal y de Quebec, la recolección de los datos habría sido conducida de forma poco satisfactoria. El comisario del censo de la región de Montréal, Jacques Viger (1787-1858), va sin embargo a aprovechar este censo para realizar preguntas que no figuraban en el cuestionario oficial, hecho sorprendente e impensable en la actualidad y que testimonia el carácter preburocrático del trabajo estadístico de entonces. La extensión del cuestionario tiene, igualmente, otros motivos de sorpresa, ya que Viger, su colega Guy y sus asistentes han recogido informaciones no sólo sobre el apellido del jefe de familia, el número de personas en cada familia y su distribución según la edad, el sexo y el estado civil, como lo preveía la ley, sino también sobre la naturaleza física del inmueble habitado y las características ligadas a la vivienda, el status en la familia, el lugar de nacimiento, el origen étnico, la religión y la raza. El caso Viger es particularmente interesante ya que testimonia la existencia, anterior incluso al desarrollo de un saber estadístico administrativo (aquel que se construirá en el interior de las oficinas) o paralelamente a éste, de un *saber estadístico privado*. En el caso de los países que conocen un desarrollo estatal y estadístico precoz, el saber estadístico burocrático y el saber estadístico privado tienen tendencia a aparecer como indisociables. En el caso canadiense, por el contrario, se los puede disociar bastante fácilmente, apreciar sus génesis, captar sus movimientos respectivos y ver sus interconexiones. Desde el punto de vista de la historia de la estadística, allí reside la originalidad de un caso como el de Canadá.

⁶ Debe destacarse que el censo de Inglaterra y del País de Gales de 1801 fue realizado sin que ni siquiera haya sido creada una estructura *ad hoc*.

Los informes sobre el estado del país

Tomemos el ejemplo de los viajeros (muy bien estudiados para Francia por Marie-Noëlle Bourguet), el de los topógrafos o incluso el de los inmigrantes. El Canadá es un país de colonización. Los troncos amerindio, esquimal y francés, los más antiguos, no conocerán casi aportes una vez establecido el régimen inglés. Por el contrario, una emigración primero anglo-sajona y luego mucho más general vendrá a modificar considerablemente el rostro canadiense durante los dos últimos siglos. El país se transforma de hecho a causa de una extensión prodigiosa hacia el oeste que sólo será limitada por el Pacífico. País a descubrir, explorar y poblar, el Canadá es también naturalmente un país a describir, a delimitar, a recortar, ciertamente para las autoridades coloniales (y así se hace sobre todo mediante los censos y los informes administrativos), pero también para todos aquellos que pasan, se detienen o se establecen. Desde los inicios de la Nouvelle-France, las «relaciones» de los primeros visitantes incluyen notas diversas (como en el caso de Samuel de Champlain fundador en 1608 de la ciudad de Quebec) que permiten reconstituir hoy todo un cuerpo de datos cifrados y de estadísticas para el siglo XVII. En el siglo XVIII y sobre todo en el XIX, se multiplican los viajes en la Nouvelle-France, en las colonias británicas de América del norte o más generalmente en América. Tales viajes se encuentran en la fuente de una literatura que se hará muy popular. Entre 1815 y 1840, por ejemplo, se habrían publicado en Gran Bretaña unos cien libros de viajes o guías para emigrantes, ¡solamente a propósito del Alto Canadá! Si a este corpus se agregan los diversos libros escritos sobre el Bajo Canadá o sobre las otras colonias británicas de América del norte o, de modo más general, aquellos cuyo objetivo es dar cuenta de determinado rincón de este inmenso país (ensayo topográfico, informe estadístico, resumen descriptivo, etc.), se llega a establecer un conjunto muy vasto. Todas estas obras, a pesar de sus diversas formas, pueden ser consideradas como *informes sobre el estado del país* y en este sentido asimiladas a una forma de trabajo estadístico⁷. Resulta entonces interesante seguir cómo ha evolucionado en el tiempo este proyecto enciclopédico y cómo poco a poco la cifra fue tomando un lugar cada vez más importante. Puede verse sobre todo cómo las técnicas estadísticas (cálculos, cuadros, formas de razonar y de comparar, índices, curvas, gráficos, mapas, planos, etc.) han sido, poco a poco, domesticadas por un público culto.

La ausencia de autoridad estadística legítima

En los principios del siglo XIX, las *Topographical Descriptions*, los *Travels through*, las *Letters from*, *Sketches of*, y otras *A Visit to* que publican los viajeros británicos, agentes de inmigración, académicos, inmigrantes y colonos no encierran más que unas pocas cifras. Cuando se hallan presentes, las cifras juegan un rol muy secundario y tienen un carácter aproximativo, del género: «Aproximadamente cinco sextos de los habitantes del Bajo Canadá son de origen francés, la mayor parte de ellos son campesinos que viven en las tierras de los señores» (Weld 1800: vol. I, 399). Es verdad que los datos numéricos disponibles son aún escasos, al menos aquellos que pudieran imponerse naturalmente, y que el valor que se les otorga entonces se halla en función de la autoridad, de la legitimidad atribuida a la persona o al organismo que las genera, y que, al menos durante una buena parte del siglo XIX, ninguna autoridad estadística aparece como incontestable. No resulta sorprendente, en estas condiciones, ver que se utilizan

⁷ *Grosso modo*, su objetivo es básicamente el mismo que el de los anuarios que publican los organismos estadísticos.

datos eventualmente contradictorios y asistir a querellas de cifras y de autoridades. Queda claro por entonces que, generalmente, el tipo de conocimiento al que conduce la cifra es tenido por menos cierto, más aleatorio, que el que permite, por ejemplo, una estadía de veintisiete años en el territorio (para retomar el título de una obra bastante típica de esta literatura). Más exactamente aún, la cifra alcanza un status respetable sólo mediante el recurso a una experiencia concreta del autor («yo visité el lugar y he visto, he contado», etc.) o de alguien digno de fe («el señor tal visitó el lugar y...»).

Reflexionemos un poco sobre el proceso que hoy conduce a los individuos a dar crédito a los resultados de una encuesta o de un censo. Entre el documento completado por el censado y las cifras publicadas, existe un trabajo de clasificación (y, en su origen, de definición), conteo, corrección (se hablará de datos corregidos para tener en cuenta, por ejemplo, las variaciones estacionales), presentación (diseño del cuadro) y síntesis (cálculo de un índice). En diverso grado según los países, las cifras emitidas son aceptadas como base de una discusión razonable (ciertamente se tendrán en cuenta los errores posibles, los límites del trabajo estadístico, las opiniones de los expertos), ya que se estima que el organismo estadístico nacional que las produce es creíble, que hace un trabajo objetivo y que, aún estando ligado al gobierno, dispone de una cierta independencia. En este plano, *Statistique Canada* ha tenido éxito en imponerse en el país como un organismo digno de fe. Sin embargo, en 1830 o en 1840, por ejemplo, no existe nada comparable y las cifras que resultan de esos peligrosos ejercicios (¿darán lugar a un nuevo impuesto?) que son los censos regularmente son criticadas y contradichas. Desde el punto de vista cognitivo, aparecen como «lejanas» y disociadas de las experiencias individuales concretas. Será necesario mucho trabajo de los organismos oficiales, pero también de otras instancias como la escuela, la prensa y el libro para que, a pesar del alejamiento creciente (¡piénsese en esa técnica todavía más misteriosa aún que es el sondeo!), el público se disponga a «creer». Esta «fe» faltará sin embargo durante una buena parte del último siglo, como lo ilustra claramente el siguiente episodio. En 1833, un libro publicado en París por un tal Isidore Lebrun suscita algunas reacciones en Quebec. Lebrun, que no visitó jamás América del norte, escribe, apoyándose en diversas fuentes, un *Tableau statistique et politique des deux Canadas*. El autor, republicano francés, recibe en París la visita de liberales canadienses en lucha con el poder establecido y considerados a menudo como anticlericales. A los ojos de sus críticos, Lebrun sólo habría prestado su nombre y sus ideas serían en realidad las de los liberales canadienses que no osarían hablar directamente. En un panfleto redactado el mismo año, *Le clergé canadien vengé par ses ennemis*, un sacerdote de Quebec rechaza los datos sobre los que se apoya el trabajo de Lebrun (Anónimo, 1833).

La polémica es interesante porque muestra bien la ausencia de autoridad estadística legítima. El autor de la encendida respuesta a Lebrun ataca las «informaciones absurdas más salientes del 'Tableau'» (p. 4), los «disparates innumerables de esta compilación sin forma» (p. 19) y sobre todo las cifras del «Tableau» que representan el número de curas. «Es nuestro deber, dice este sacerdote, proclamar a viva voz que nuestros cálculos no estarán basados en las vueltas erróneas (*sic*) del censo de 1831, sino sobre informaciones oficiales y conocimientos positivos» (p. 12). No se sabe si Lebrun tuvo conocimiento de estas críticas, de todos modos ellas muestran que los datos estadísticos circulan (estamos en 1833 y la cifra se halla ahora más presente que a principios del siglo), que dan lugar a evaluaciones, y sobre todo que lo «oficial» no es necesariamente lo ligado a las autoridades civiles. Las autoridades religiosas, la Iglesia católica en este caso, se hallan entonces en derecho de reivindicar ellas también el calificativo de oficial. Durante una buena parte del siglo, por tanto, nos encontramos con un sistema estadístico que podría calificarse de anárquico, es decir carente de un poder unificado, en el que tanto los

individuos como los grupos reivindican el poder de «hacer» y de emitir cifras.

Un nuevo status para las estadísticas

Poco a poco, como hemos visto, a causa del reinicio (a partir de los años 1820) de la práctica de los censos y a pesar de las dudas con respecto a la calidad de las informaciones recolectadas por esta medio, las cifras se harán cada vez más presentes. Otro ejemplo permitirá visualizar esta importante transformación. En 1832, aparece en Londres una descripción topográfica y estadística de los Dominios británicos de la América del norte (*The British Dominions in North America; or a Topographical and Statistical Description of the Provinces of Lower and Upper Canada, New Brunswick, Nova Scotia, the Islands of Newfoundland, Prince Edward, and Cape Breton, Including Considerations on Land Granting and Emigration, to which are Annexed Statistical Tables and Tables of Distances, &c.*). El autor, Joseph Bouchette, por entonces uno de los burócratas más importantes del Bajo Canadá, ha publicado ya en 1815 un estudio topográfico (*Description Topographique de la Province du Bas-Canada, avec des remarques sur le Haut-Canada, et sur les relations des deux provinces avec Les États-Unis de l'Amérique*). El objetivo general de ambos libros es claramente el mismo: se trata esencialmente de *describir* una entidad político-geográfica de la forma más completa posible, a la manera de los estadísticos alemanes. Sin embargo, una diferencia mayor existe entre los dos textos. En la edición de 1815, no se encuentra casi ninguna huella de datos cuantificados y el propósito es esencialmente literario. En el texto de 1832, en cambio, aunque sin ocupar el lugar principal, las estadísticas juegan un rol significativo y, sobre todo, ya no tienen una función meramente auxiliar, ni aportan simplemente un suplemento de precisión al texto literario: son ahora una parte de la realidad del objeto estudiado. Más precisamente, la cifra da acceso a una realidad que el conocimiento personal del objeto no sabría circunscribir en su totalidad. Para Bouchette, se puede así, de un cierto modo, hablar de un estado estadístico de un país, del mismo modo que se puede hablar de su condición geográfica o de su potencial agrícola. Puede apreciarse mejor la mutación que se inicia con Bouchette resituando su libro de 1832 en el conjunto de la literatura enciclopédica sobre el estado del país. Exceptuando al escocés Robert Gourlay, que publica en 1822 su *Statistical Account of Upper Canada*, ningún autor antes de Bouchette confiere tal lugar y tal status al hecho cifrado. A continuación, sin embargo, y el movimiento se irá acelerando sobre todo a partir de los años 1840, será cada vez más difícil hablar con competencia del mundo de las cosas y de las personas sin utilizar cifras, sin intentar comparaciones, sin dar a las estadísticas un status particular o incluso superior. Ya Isidore Lebrun en 1833 y sus críticos acordaban en un punto: las cifras, si son buenas, son buenos medios para convencer.

Este proceso requiere mayor cantidad de cifras y más estadísticas, pero también cifras presentadas de otra manera. A partir de los años 1830, se integran en los *informes sobre el estado del país* innovaciones tecnológicas (que hoy podrán parecer elementales). Sin descartar la hipótesis de que los pocos trabajos estadísticos producidos por las autoridades civiles hayan podido participar en la difusión de estas innovaciones, se puede pensar razonablemente que ellas han transitado también por otros canales. Los autores de estos informes son en general británicos. Algunos se hallan ya establecidos en Canadá, otros se quedarán allí, algunos sólo pasarán. Estos autores son igualmente académicos, como el canadiense Bouchette, o grandes viajeros, como el suizo Amury Girod; pertenecen a la clase educada y están en contacto, por intermedio de los libros, la correspondencia, la educación e incluso por las relaciones cotidianas, con lo que se hace y se escribe de nuevo en otras partes. Muchos se han formado en el extranjero,

en particular en Gran Bretaña. Así Robert Gourlay, autor de un «sulfuroso» *Statistical Account of Upper Canada* es un antiguo alumno de Sir John Sinclair, de quien tomará el método de recolección, el cuestionario (que el adapta por cierto) y el título (cf. *Statistical Account of Scotland*). Por otra parte, el modelo de los *Statistical Accounts* se extiende: Thomas C. Haliburton publica en Halifax en 1829 un *Historical and Statistical Account of Nova Scotia*; Thomas Rolph publica en Londres en 1841 un *Descriptive and Statistical Account of Canada*; aparecen también un *Statistical Account of Prince-Edward Island*, un *Statistical Account of New Brunswick* así como un *Statistical Account of British Columbia*. Se ve así cómo, poco a poco, los porcentajes (crecimiento de x% entre tal y tal fecha) substituyen a las proporciones (ocho habitantes sobre nueve son de origen francés), reflejando este hecho la imposición de un principio más abstracto de descripción del mundo. El cuadro estadístico, que resume, clasifica y ordena, hace también su aparición y se convierte en el medio por excelencia para presentar los datos. Su implantación es el signo de una transformación importante tanto en el plano retórico como en el plano cognitivo. Las cifras que antes estaban integradas en el texto «literario», y cuya potencia no era nada sin el texto mismo, vienen poco a poco a ocupar un lugar aparte y a beneficiarse de un status especial. En nuestra opinión, se puede ver allí una de las traducciones concretas de la instauración del principio moderno de objetividad. Lorraine Daston ha mostrado bien cómo el sentido de palabras tales como «objetivo», «subjetivo», «objetividad», «subjetividad», «hecho», «opinión» ha variado a lo largo del tiempo y de los países y que recién se estabilizó en el siglo XIX. La puesta al margen del yo del sujeto (esta búsqueda de la objetividad en el sentido moderno del término), que hoy nos parece ser el medio más seguro de acceso al conocimiento, es una postura reciente. El cuadro estadístico permite disociar, incluso de forma física, los datos brutos, objetivos y los hechos, del discurso literario que, por eso mismo, deviene un comentario. Sólo este último discurso ofrece todavía lugar a esta subjetividad, al yo, a la opinión. Pero precisamente porque este discurso se apoya sobre hechos objetivos, los que presenta el cuadro, puede también al mismo tiempo escapar a esta subjetividad. La historia que comienza alrededor de los años 1830 es en tal sentido la de una progresiva liberación con respecto al yo del sujeto. Se verá así a los autores de los informes afinar los principios para comparar y buscar comparar solamente lo comparable. Por ejemplo, estados americanos y regiones canadienses que tienen claramente el mismo clima, el mismo tipo de tierras, la misma geografía. La comparación escapa por fin a todo a priori. Si hombres provenientes del mismo territorio (británico), que habitan regiones similares, tienen éxito diferente, es porque el régimen político (la república en un caso, el mantenimiento del lazo con la corona británica en el otro) es la causa. Los autores canadienses, que son los que nos interesan aquí, tendrán a menudo tendencia a concluir en la superioridad del régimen británico. La cifra, que en un principio constituía una simple ornamentación, se transforma por tanto, en cierta forma, en un argumento.

La burocracia estadística

A partir del censo de 1851, y a pesar de la mediocre calidad de los datos recolectados (según el reformador Taché), la legitimidad de la burocracia estatal en materia estadística se impone poco a poco. Un último ejemplo lo testimonia. El primer censo de la Confederación data de 1871 y se trata, para muchos, del primer censo que ofrece datos con los que realmente se puede trabajar. A principios de los años 1870, una controversia opone a Joseph Charles Taché con Arthur Harvey en relación a la calidad de los resultados de los tres últimos censos. La misma termina con ventaja para Taché, responsable del trabajo estadístico estatal, que opone argumentos «científicos» modernos a la crítica del estadístico privado Harvey, funcionario por

otra parte del ministerio de finanzas y autor, a título individual, de los *Year Book and Almanach of Canada*. La controversia muestra muy bien que el debate sobre las estadísticas comienza entonces a tomar un giro más profesional y más técnico, signo también de que un corpus de conocimientos empieza a caracterizar a un grupo autónomo de actores, los estadísticos del Estado.

El interés del caso canadiense

El ejemplo canadiense es interesante porque permite matizar un cierto número de ideas recurrentes en la historia de la estadística. Una burocracia estatal moderna es sin duda una de las condiciones del desarrollo de la estadística administrativa. Esta afirmación es quizás, después de todo, tautológica. Sin embargo, la práctica estadística no puede reducirse a la de las agencias estatales ya que puede tener también un fuerte acento privado, como en Gran Bretaña donde los académicos han sido actores mayores. En igual sentido Ted Porter (1998) ha mostrado, y esto vale sin duda para todas las grandes sociedades occidentales, cómo muchas compañías del sector privado han sido poderosos productores y grandes consumidores de datos numéricos. Desde este punto de vista, el ejemplo de las compañías de seguro o de las cámaras de compensación de los ferrocarriles en Inglaterra resulta particularmente esclarecedor. Se planteaban problemas de organización de un trabajo en gran parte rutinario (cómo establecer tablas de mortalidad, cómo organizar una contabilidad cada vez más compleja...), que la ciencia del siglo XIX, la de los académicos (que toman ahora el nombre de científicos) ciertamente, pero también la de los ingenieros e incluso de los inventores, contribuye entonces a resolver. La práctica estadística puede tener un fuerte acento privado como en el Canadá donde, entre otras incitaciones, la necesidad de favorecer la inmigración, de controlarla y de dirigirla hacia ciertas partes del país ha llevado a numerosos individuos a producir guías y a redactar resúmenes estadísticos. Puede afirmarse sin duda que el Canadá ilustra, mejor que los otros países estudiados por los investigadores de la historia de la estadística, la importancia de la circulación de las ideas, modelos y hombres en la difusión de un saber estadístico. Los Canadés viven durante el siglo XIX un período de intensa colonización e inmigración, y esta implica desde luego importación de ideas, modelos y formas de pensar. Como se ha dicho, Robert Gourlay transporta al Alto Canadá las ideas del escocés Sir John Sinclair y su modelo de *Statistical Account*. En igual sentido, numerosos viajeros británicos y norteamericanos llevan con ellos las innovaciones técnicas (cuadros estadísticos, porcentajes...) de los que, en ocasiones, no son más que mediocres usuarios. Los colonos establecidos más antiguamente no se hallan al margen de este proceso, ya que leen y comentan los trabajos provenientes principalmente de Francia y de Inglaterra (como lo muestran los catálogos de las bibliotecas y librerías de la época). Desde luego, las autoridades coloniales participan también de esta difusión. Rawson W. Rawson, por ejemplo, que fue presidente de la *London Statistical Society* y como tal estuvo en contacto con el gran estadístico belga Adolphe Quetelet, es designado *Canadian Civil Secretary* a partir de 1842 y contribuye directamente a la introducción en el Bajo Canadá de las ideas del gran maestro en materia de censos. Joseph Bouchette, que algunos presentan como el padre de la estadística canadiense, participa incluso como experto, y es uno de los pocos que merecen verdaderamente ese título, en el desarrollo de la cartografía del país. En síntesis, durante el siglo XIX se constituye un conjunto de saberes estadísticos, tanto teóricos como prácticos, el cual, por otra parte, es objeto de intercambios entre sociedades, grupos e individuos.

Por cierto, Canadá ha sido un importador más que un exportador de saberes. Por otra parte, este movimiento internacional tomó una forma más estructurada gracias a los congresos

internacionales de estadística, intentos de coordinación e incluso de uniformización de los que, una vez más, Quetelet fue uno de los principales promotores. Tampoco aquí el Canadá estuvo totalmente al margen de ese movimiento. Una delegación canadiense, es verdad que un poco indiscreta, participa en el congreso internacional de estadística de 1860. La circulación de ideas, modelos y hombres entre las sociedades, como lo ha mostrado bien Éric Brian (1998)⁸, tuvo un gran rol en el éxito del proyecto estadístico. Aunque alejado, pero gracias a ser tierra de colonización y de inmigración, el Canadá ha sido sin duda particularmente sensible a la influencia extranjera, pero lo ha sido de una manera particular. Contrariamente a lo que algunos tienden a pensar, su experiencia en la materia no es ni un calco de la de Francia, ni una copia de la de Gran Bretaña o de los Estados Unidos. Si todavía en el siglo XX estadísticos de origen extranjero han jugado un rol significativo en la vida estadística del país, es indudable que el modelo que ellos contribuyeron a forjar posee una real originalidad.

Un modelo estadístico

Las condiciones se hallaban por lo tanto lejos de ser favorables a la emergencia de un «modelo» estadístico (en el sentido de algo a copiar, a imitar, a celebrar). En primer lugar, en razón de la larga historia colonial; en segundo término, por la tardía aparición de una burocracia estatal y la difícil construcción de un aparato estadístico durante las primeras décadas de la Confederación. Durante mucho tiempo la práctica estadística aparecía viciada por consideraciones políticas, partisanas y, periódicamente, los reformadores se inquietaban por ello. Desde este punto de vista, la fundación en 1918 del *Bureau fédéral de la statistique* representó un neto progreso. La centralización que se opera entonces y que consiste, por un lado, en reagrupar bajo una misma autoridad el trabajo estadístico de las diversas instancias federales y, por otro, apoyándose en las disposiciones de la Constitución, en enmarcar el trabajo estadístico de las provincias, ha conducido también al aparato central a eliminar lo más posible todo lo que podía aparecer como político o, peor aún, como partidario. La neutralidad, la objetividad fueron así condiciones del éxito de la empresa, siempre recomenzada, de centralización⁹. El discurso de la institución, al menos, debía reafirmar regularmente el principio de independencia del aparato estadístico y su dimensión esencialmente instrumental. El éxito (otro punto fuerte de la ideología estadística canadiense) de los estadísticos canadienses, a pesar de un contexto que ellos no se privaron jamás de presentar como naturalmente desfavorable (aunque más no fuera desde un punto de vista geográfico) es por tanto remarcable. Los estadísticos canadienses no perderán nunca la ocasión de repetirlo.

La centralización estadística

El éxito, será en primer lugar, el de Robert Hamilton Coats, *Dominion Statisticien* a partir de 1915 (Beaud y Prévost, 1993), del que ya hemos evocado su acción y cuyo nombre permanece asociado a la idea de centralización. A pesar de las condiciones a priori particularmente desfavorables, Coats logrará llevar a buen término un proyecto acariciado por muchos estadísticos en todo el mundo. La idea de centralización circulaba en los medios estadísticos al menos desde

⁸ En el presente Anuario se incluye una versión ampliada de este texto (N.d.T.).

⁹ En revancha, ¿la independencia de *Statistique Canada* no se debe en gran parte al carácter centralizado del sistema estadístico? Sobre este tema, ver Duncan y Gross (1995: 66).

el principio del siglo XX y, tanto en Estados Unidos como en Gran Bretaña, muchos militaban en favor de una reestructuración radical de las actividades estadísticas. Sin embargo, en ambos países, los esfuerzos de los estadísticos no lograron concretizarse. Resulta por tanto sorprendente que Canadá, que mantiene lazos muy estrechos con estos dos países que o bien optaron por un aparato descentralizado o bien fracasaron en su política de centralización (se dan en efecto ambas situaciones), haya elegido a pesar de ello la vía de la centralización y sobre todo haya tenido éxito (tan brillantemente a los ojos de los observadores extranjeros) en esta empresa. Si bien Coats invoca a menudo los casos de Australia y de Alemania para defender su proyecto de centralización, estará en contacto esencialmente con británicos y con norteamericanos, favorables u opuestos a la idea centralizadora, comprometidos o no en reformas relativas a la reorganización estadística.

Todo alegaba, en efecto, por un alineamiento de la política estadística canadiense con la de Gran Bretaña en primer lugar y luego con la de los Estados Unidos. Por otra parte, la inspiración en materia de prácticas y de políticas administrativas ¿no proviene generalmente de estos dos países? Explicar la singularidad, en suma relativa (después de todo, la norma para muchos observadores es la centralización antes que la descentralización)¹⁰ del caso canadiense implica ante todo recordar brevemente las etapas que han conducido al establecimiento de un aparato centralizado.

El 25 de agosto de 1916, Coats, por entonces *Dominion Statistician and Controller of the Census*, envía a su ministro, Sir George E. Foster, un texto titulado *A National System of Statistics for Canada* en el que intenta sintetizar las ideas y los planes relativos a la centralización y a la reorganización de las estadísticas canadienses. Endosado por el ministro, el memorándum será a continuación sometido a la consideración del Consejo de Ministros y luego publicado como parte del primer informe del *Dominion Statistician* (para el período 1918-1919). Para Coats, ha llegado la hora de la centralización y es necesario que el Canadá siga el ejemplo de la mayor parte de los países, grandes o pequeños, con los que está en relación, y de establecer un sistema estadístico moderno y por tanto centralizado. Es tiempo, para Coats, que se traduzcan en proposiciones prácticas las recomendaciones de la Comisión Foster de 1912 que, encargada de estudiar el estado de las estadísticas en Canadá, había concluido en la necesidad de crear una oficina estadística central con el fin de organizar, en cooperación con los diferentes ministerios implicados, el trabajo puramente estadístico emprendido por el gobierno canadiense¹¹. La reestructuración de las actividades estadísticas, esbozada como se ve desde la llegada de George Foster a la cabeza del ministerio canadiense del Comercio, se concretizará con la creación en 1918 del *Bureau fédéral de la statistique* (BFS) y de la transferencia a éste de las «ramas» estadísticas de varios ministerios. El movimiento de centralización se continuará, y muy rápido el Canadá ofrecerá la imagen de un éxito particularmente espectacular en materia de reorganización de las actividades estadísticas. Para rendir cuenta de este éxito (ciertamente relativo y frágil)¹² es necesario tomar en consideración varios factores y sobre todo el sincronismo con que ocurren.

¹⁰ Según Ward y Doggett (1991) pocos países industrializados poseen antes de la Segunda Guerra mundial, y a fortiori después, un sistema estadístico descentralizado. La norma es la centralización.

¹¹ «Report of Departmental Commission on the Official Statistics of Canada with Appendix consisting of notes of evidence», en Dominion of Canada, *Report of the Department of Trade and Commerce for the Fiscal Year ended March 31 1912, Part IV Miscellaneous Information*, Ottawa, 1913, p. 103.

¹² En efecto, a partir de 1922 y en diversas oportunidades hasta su partida en 1942 del *Bureau fédéral de la statistique*, el arquitecto del aparato estadístico canadiense moderno, R.H. Coats, se quejará del estado

El primer factor, quizás el más fundamental es de orden morfológico. Cuando las ideas de centralización y de reorganización del trabajo estadístico se ponen (o vuelven) a circular con fuerza en los medios estadísticos de los países occidentales, o sea durante los veinte primeros años de este siglo, las oficinas estadísticas de los ministerios y los ministerios mismos todavía son en Canadá entidades de pequeño tamaño y ocupan generalmente a poca gente. Las resistencias, que son reales (y que explican, por ejemplo, la creación en 1912-1913 del Bureau de la statistique du Québec), no son de todos modos suficientes para impedir la consolidación de las actividades estadísticas. Coats, siguiendo en esto su principio según el cual es necesario centralizar allí donde es posible y coordinar en los casos restantes, logra pasar bajo la autoridad de la oficina central muchos sectores de la actividad nacional: es el caso, por ejemplo, del comercio exterior repartido hasta 1918 entre tres organismos, los ministerios de Aduanas, del Comercio y los servicios encargados del censo. El segundo factor tiene que ver con el rol de las crisis en el inicio de un proceso a menudo global de reorganización de las actividades estatales. La transformación del sistema estadístico canadiense se inscribe en el marco de una crisis importante, la Primera Guerra mundial, y de sus prolongaciones a los planos político y económico. Esta crisis es más significativa para Canadá (que entra en guerra en 1914 y no en 1917 como Estados Unidos) ya que cierra en cierto modo un importante período de transformación de la economía y la sociedad canadienses. Entre 1890 y 1915, en efecto, la economía ha conocido cambios tan profundos que se puede caracterizar al período como el de la revolución industrial canadiense¹³. Evocadas desde 1893-1894 por el Dominion Statistician de la época, George Johnson, que percibió sus signos anunciadores, la aceleración de la concentración de las industrias y del capital y el fuerte crecimiento de la mano de obra manufacturera eran ya manifiestos en el censo de 1901 y sobre todo en el de 1911¹⁴. Paralelamente a esta modificación del tejido económico canadiense, la comunidad de los negocios se reestructuraba y tomaba consciencia de la importancia de un sistema de informaciones estadísticas completo, coherente, fiable y por tanto centralizado. Signo de la importancia de esta modificación, el *Census and Statistics Office* (ancestro del BFS y de *Statistique Canada*) fue transferido en 1912 desde el ministerio de Agricultura al de Comercio.

La coyuntura era por tanto favorable a un traspaso de las estadísticas nacionales hacia una oficina dependiente del ministerio de Comercio, tanto más porque el *Dominion Statistician* podía utilizar para su campaña en pro de un aparato estadístico moderno el acuerdo constitucional de 1867 que colocaba al censo y a las estadísticas bajo la autoridad exclusiva del Parlamento Federal y que hacía posible una centralización vertical (vale decir en provecho del nivel federal y en detrimento de las provincias). Por su parte, la ley de 1868, que creaba el ministerio federal de la Agricultura, al atribuirle a éste la responsabilidad del censo y del registro de las estadísticas,

inacabado del programa de consolidación de las actividades estadísticas e incluso de claros retrocesos netos con respecto al proyecto original. Del mismo modo, uno de los sucesores de Coats en la dirección del B.F.S., Herbert Marshall, juzgará bueno reafirmar el principio de centralización estadística, al constatar que durante la Segunda Guerra mundial se ha asistido a la emergencia de secciones estadísticas en diversos ministerios (en particular aquellos ligados al esfuerzo de la guerra). A principios de los años sesenta, los miembros de la Commission Glassco constatarán que «la centralización y la coordinación previstas por el legislador [en la Ley sobre la estadística de 1918] no han sido plenamente realizadas» y, en razón de ello, propondrán que el principio de centralización sea reactivado.

¹³ Algunos autores, en cambio, verán en las transformaciones económicas del cambio de siglo el efecto de una *segunda* revolución industrial (Norrie y Owrap, 1991: 290-91).

¹⁴ Sobre este punto, ver Beaud y Prévost (1992 b).

hacía igualmente posible una centralización horizontal (vale decir en provecho de un ministerio federal y en detrimento de los otros). Desde 1868, por tanto, las condiciones constitucionales y legales, favorables al desarrollo de un aparato centralizado, se hallaban reunidas. Pero el crecimiento de las actividades estadísticas durante los cincuenta años siguientes, se encuentra lejos de haber sido enteramente canalizado por el ministerio de Agricultura. Si R.H. Coats fue capaz de aplicar un programa de centralización que estaba ya inscripto en los textos oficiales de 1867-1868 (y en las leyes de la estadística posteriores), es, como hemos visto, porque se habían reunido otras condiciones favorables, además de las constitucionales y legales. En cualquier caso, queda claro (¿eran conscientes de ello los legisladores de 1867 y los estadísticos responsables de la oficina?) que la centralización aparece como un medio de contener las fuerzas centrífugas, muy reales en el caso canadiense, y quizás de crear esa identidad nacional que parece faltar tan cruelmente a un país como Canadá.

El sistema estadístico canadiense hoy

La centralización ha caracterizado siempre al sistema estadístico canadiense¹⁵, lo que no significa, sin embargo, que sólo *Statistique Canada* se ocupe del trabajo estadístico ya que todos los ministerios federales y ciertas agencias, por ejemplo el Banco de Canadá, también son productores de estadísticas. El ministerio federal del Trabajo ha desempeñado, desde su creación, un rol de primera línea en este terreno, recogiendo estadísticas sobre las huelgas y *lock-outs*, los salarios y las condiciones de trabajo. Actualmente, Inmigración y Empleo de Canadá coopera estrechamente con *Statistique Canada* en varios dominios, en particular en la puesta a punto de la *Clasificación nacional de las ocupaciones*. Varios ministerios y agencias tienen importantes tareas estadísticas, correspondientes a sus respectivos campos de competencia: así ocurre, por ejemplo, con Agricultura de Canadá o Pesca y Océanos; otros publican estadísticas ligadas a sus actividades administrativas. Las provincias canadienses también disponen de oficinas estadísticas, jurídicamente independientes de *Statistique Canada*. Esto se vincula con el hecho de que las provincias requieren a veces informaciones estadísticas que no se enmarcan necesariamente en el mandato «nacional» de *Statistique Canada*, y con la necesidad de disponer de un organismo capaz de coordinar las actividades estadísticas de sus propios ministerios y agencias. El más importante es el *Bureau de la statistique du Québec*, creado en 1912-1913, algunos años antes del *Bureau fédéral de la statistique*, y que recientemente se transformó en el *Institut de la statistique du Québec*, como consecuencia del reagrupamiento de ciertas actividades estadísticas del Gobierno de Quebec, proceso que, en cierta forma, se corresponde con el que, ochenta años antes, condujo a la fundación del *Bureau fédéral de la statistique*. En las otras provincias, las oficinas son por lo general muy modestas. Es claro que ninguna de esas oficinas, ni siquiera la de Quebec, puede rivalizar con *Statistique Canada*, con la que coordinan su acción mediante el Consejo consultativo federal-provincial de la política estadística. El rol motor de la oficina federal es por tanto innegable. Aun hoy, la situación canadiense puede parecer original, pero dado el desarrollo de una industria privada de la información estadística que afecta un poco a todos los países (y que es particularmente poderosa en los Estados Unidos) cabe preguntarse hasta qué punto podrá mantenerse una situación dominante como la de *Statistique Canada*. La institución estadística federal ha intentado reaccionar a este avance de la estadística privada buscando imponerse como suministradora de datos personalizados, es decir presentados según las necesidades de los clientes. Como se complacía en repetir Robert

¹⁵ Para una presentación general del sistema estadístico canadiense, ver Beaud y Prévost (1997).

Hamilton Coats, la centralización es siempre una tarea a rehacer. Hoy, como en 1918, al momento del establecimiento del BFS, o como después de la Segunda Guerra mundial, la forma del sistema estadístico constituye todavía una apuesta y un tema polémico. Sin embargo, la institución estadística federal permanece en lo esencial conforme al modelo concebido por su fundador, hecho que constituye quizás uno de los rasgos más originales de la experiencia estadística canadiense y uno de los aspectos mayores de su ideología.

Clasificar las ocupaciones: el modelo profesional y el modelo canadiense

Clasificar a los individuos según su oficio, su profesión o su ocupación es una de las tareas más antiguas de las instituciones estadísticas. Para los sociólogos en particular, las nomenclaturas ocupacionales constituyen un instrumento precioso para el estudio, por ejemplo, de la movilidad (o de la inmovilidad) social, al menos, en la medida en que ellas tienen una dimensión social. Un modelo como este, criticado ciertamente por varias escuelas teóricas que le oponen otras «verdaderas» clasificaciones sociales (inspiradas en el marxismo, por ejemplo), se impuso poco a poco en los países anglosajones. Este modelo reposa en la distinción entre ocupaciones intelectuales y ocupaciones manuales y en el ordenamiento de las primeras según su carácter más o menos profesional y de las segundas según el nivel de calificación. Sin embargo, este modelo «profesional», puesto a punto a principios del siglo por los responsables del censo en Gran Bretaña y en los Estados Unidos, no ha echado nunca raíces en Canadá. Antes bien, los estadísticos canadienses construirán sistemas de clasificación de las ocupaciones que no van más allá de una topología de la estructura económica o industrial del país¹⁶. ¿Cómo explicar la singularidad del caso canadiense? ¿Por qué la atracción de estos dos polos naturales que son Gran Bretaña y los Estados Unidos no ha tenido ningún rol en este punto? ¿Por qué ha sido necesario esperar al censo de 1946 para que aparezca una clasificación ocupacional netamente distinta de la clasificación industrial? En nuestra opinión, deben ser tomados en cuenta tres factores para explicar la originalidad sorprendente de la experiencia canadiense en materia de clasificación. El primero tiene que ver con el carácter fuertemente centralizado del sistema estadístico canadiense en contraste con los sistemas descentralizados, o al menos heterogéneos, de Gran Bretaña y Estados Unidos. En Canadá, como hemos visto, el aparato estadístico se halla dotado de un poder muy amplio mientras que en los Estados Unidos y en Gran Bretaña hay una división de las tareas estadísticas entre diversas organizaciones y una neta repartición entre las estadísticas de la población y las de la producción y los intercambios. Es sin duda previsible que en contextos institucionales tan diferentes, el interés por las estadísticas de ocupación no responda a las mismas inquietudes. El segundo factor se relaciona con las corrientes de ideas que han influenciado a las estadísticas canadienses. Es bien conocido el rol que han jugado las concepciones eugenistas en la puesta en forma del modelo profesional. En Canadá, sin embargo, será sobre todo la economía política la que constituirá la matriz intelectual de los estadísticos; por tal razón, no es sorprendente que la ocupación les apareciera como una variable naturalmente económica y que visualizasen a la división del trabajo desde una perspectiva industrial más que social. Por otra parte, el mito del *self made man* que impregna a la naciente economía política canadiense constituye una barrera a cualquier representación clasista de la sociedad. Por último, el tercer factor explicativo tiene que ver con la estructura económica del país, más precisamente con la persistencia en el curso de las primeras décadas del siglo de una muy fuerte correlación entre industria y ocupación. Como lo muestra muy bien el ejemplo que acabamos de evocar, un

¹⁶ Ver a este respecto Beaud y Prévost (1992a).

útil estadístico es el producto de la acción conjugada de múltiples factores. Las teorías relativas a la clasificación (las lógicas clasificatorias, la ciencia de los reagrupamientos, los modelos inspirados de otras disciplinas) no son suficientes por sí solas para explicar el nacimiento y el éxito relativo de los modelos. Coats podrá ciertamente proclamarse seguidor de las orientaciones de Mill, Jevons y Venn y declarar que, «a pesar de las imperfecciones del material bruto», sería un error abandonar la investigación de los principios propios de la clasificación científica y volver al empirismo; sin embargo, queda claro que la más bella creación lógica no se impondrá jamás por sí misma, sobre todo para objetos como los que aquí nos interesan y que se sitúan en la conjunción de tres mundos, el de la ciencia, el de la política y el de la administración.

A propósito de la lengua y del origen étnico

Podríamos haber tomado otros ejemplos para subrayar la originalidad de la experiencia estadística canadiense y para evocar la existencia de un modelo propio de desarrollo estadístico e incluso de una ideología estadística canadiense. Se podría haber citado otro rasgo singular del Canadá en materia estadística, el formidable desarrollo de la estadística lingüística. ¿Por qué razón países comparables en el plano de la composición de la población como Suiza o Bélgica no han desarrollado el mismo activismo estadístico en materia de indagación lingüística? Bélgica ha incluso excluido totalmente desde 1960 toda referencia al idioma en su censo. Una vez más, a pesar de situaciones a priori del mismo orden desde el punto de vista de la teoría o de la técnica estadística (existe al menos el «sentido común» estadístico que plantea que debe formularse una pregunta sobre la lengua materna), las prácticas estadísticas divergen: lo que los suizos han llamado durante largo tiempo lengua materna no corresponde al uso que se hace de la expresión en otras partes, etc. Como lo remarcaba Porter, «la validez de las categorías estadísticas a menudo se extiende solamente hasta los límites del Estado».

Canadá, país de inmigración, ha manifestado siempre un interés muy vivo por el origen étnico de la población de origen extranjero¹⁷. Durante la entreguerra, el estudio de estos orígenes, designados por entonces como «raciales», respondía a inquietudes manifiestas sobre la capacidad de asimilación de los inmigrantes. Después de la segunda mitad del siglo, y de forma más neta después de la elaboración de las políticas de multiculturalismo, este interés se dirigió hacia la persistencia de las características particulares de los diversos grupos étnicos, adquiriendo la diversidad desde entonces un valor positivo. Sin embargo, a pesar de numerosos cambios de definición, la concepción subyacente en esta variable permaneció igual en lo esencial hasta muy recientemente: un individuo debe precisar siempre el grupo étnico al que pertenecían sus ancestros, cualquiera sea el número de generaciones transcurridas desde el establecimiento de su familia en el país. En este plano, la perspectiva canadiense siempre fue claramente diferente de la de los Estados Unidos, otro país de inmigración: para los norteamericanos, por razones evidentes, es sobre todo el color de la piel el que es visto como una característica estable. Nótese, sin embargo, que las transformaciones recientes han alterado, para algunos de manera decisiva, esta concepción canadiense del origen étnico. En ocasión del anteúltimo censo canadiense, el de 1991 y como consecuencia de una intensiva campaña («*Call Me Canadian*») llevada adelante por varios grupos de derecha en el Canadá inglés, alrededor de un millón de canadienses respondieron «canadiense» a la pregunta sobre el origen étnico (esta respuesta, indeseable habida cuenta de la concepción defendida entonces por el organismo estadístico, no aparecía entre las opciones

¹⁷ Ver a este respecto Beaud y Prévost (1996).

ofrecidas a los encuestados pero podía incluirse en la categoría «otros»). Ahora bien, una disposición de *Statistique Canada* prevé que cuando otra respuesta figura entre las diez más frecuentes en un censo dado, debe ser incluida como opción explícita en el censo siguiente. Así, en ocasión del censo de 1996, más del 30% de los canadienses se declararon de origen canadiense, lo que ha tenido por efecto reducir de forma importante el número de aquellos que se consideraban de origen francés¹⁸.

Conclusión

Los principios elaborados por Robert Hamilton Coats son todavía en gran parte los que gobiernan el trabajo de los estadísticos canadienses de hoy. Los valores que se desprenden de la práctica y del discurso del *Bureau fédéral de la statistique* y de su sucesor, *Statistique Canada*, y que están en la base de lo que se ha llamado la ideología estadística canadiense, son todavía esa mezcla de profesionalismo, tecnicidad, neutralidad y nacionalismo (en el sentido de un reconocimiento, de una afirmación del carácter particular del desarrollo político y económico del Canadá¹⁹) perceptibles, por ejemplo, en autores como Coats desde los primeros años del siglo. Su impronta puede también encontrarse en los valores defendidos explícitamente por *Statistique Canada*²⁰. Las particularidades de la experiencia estadística canadiense (significativo contraste entre un siglo XIX marcado por el amateurismo y un siglo XX caracterizado por el profesionalismo; éxito remarcable del proyecto de centralización, habida cuenta sobre todo de la experiencia bien diferenciada de los dos países con los cuales el Canadá ha tenido relaciones estrechas, la Gran Bretaña y los Estados Unidos; concepciones particulares y muy típicas de la ocupación —al menos durante la entreguerra—, del origen étnico y de la lengua, por ejemplo) vinculadas en parte a las características del desarrollo político, económico y demográfico del país (como hemos intentado mostrarlo al insistir en los factores explicativos) son todavía perceptibles. Sin embargo, esta originalidad relativa (podría invocarse desde luego todo un conjunto de casos donde los estadísticos canadienses toman prestado alegremente de sus colegas extranjeros) se halla expuesta después de algunos años a las tendencias centrífugas del sistema mundial. Cabe preguntarse entonces sobre el futuro del modelo canadiense de desarrollo estadístico. Mientras que los países europeos coordinan sus políticas estadísticas en el marco de Eurostat, que los organismos internacionales elaboran directivas orientadas hacia una normalización estadística (piénsese en las numerosas comisiones que deciden sobre el sentido de los conceptos, como por ejemplo los ligados a la práctica lingüística), que los propios mercados (que comandan muchas de las políticas interiores) se globalizan y que las palabras maestras son hoy mundialización, internacionalización, pérdida de importancia de las fronteras, libre

¹⁸ El Estadístico en jefe, Ivan Fellegi, declara a este respecto: «No cedí ante nada. Me enfrenté a una situación dada. Hubo una campaña de prensa durante el censo de 1991, que fue exitosa. (...) No ignoro eso. ¿Cómo iba a realizar un censo ignorando los deseos de la población? A menos que quiera llevar a 30 millones de canadienses a la cárcel, debo implementar un censo que la población esté dispuesta a responder.» (*Ottawa Citizen*, February 23, 1998).

¹⁹ No podemos desarrollar aquí por razones de espacio el paralelo que existe entre estos principios y los que fundan la ideología política canadiense.

²⁰ Recientemente, *Statistique Canada* (1993: 96-97) identificaba con claridad los valores que deseaba defender: 1) permanecer objetivo; 2) proteger la confidencialidad; 3) profesionalismo y fiabilidad; 4) concentrarse en el análisis; 5) aligerar la carga para responder las preguntas.

circulación de mercaderías, de productos, de hombres y de ideas, resulta legítimo preguntarse cuál puede ser el futuro del modelo estadístico canadiense.

Traducción: Hernán Otero

Bibliografía:

Anónimo

1833 **Le clergé canadien vengé par ses ennemis; ou observations sur un ouvrage récent, intitulé «Tableau statistique et politique des deux Canadas»,** Québec, Neilson et Cowan.

Beaud, Jean-Pierre y Jean-Guy Prévost

1997 «Les statistiques: source d'information», en Pierre P. Tremblay, dir., **L'Etat administrateur; modes et émergences**, Québec, Presses de l'Université du Québec, pp. 181-209.

1996 «Immigration, Eugenics and Statistics: Measuring Racial Origins in Canada (1921-1941)», **Canadian Ethnic Studies**, vol. XXVIII, n°2, pp. 1-24.

1993 «La structuration de l'appareil statistique canadien, 1912-21», **The Canadian Historical Review**, vol. LXXIV, n° 3, september, pp. 395-413.

1992a «La classification canadienne des occupations pendant l'entre-deux guerres: réflexion sur un cas d'indépendance statistique», **Revue canadienne de science politique**, 25(3), septembre, pp. 489-512.

1992b «Un regard nouveau sur la prospérité. L'émergence des statistiques économiques au Canada (1891-1911)», **Cahiers de recherche sociologique**, n° 18-19, pp. 277-295.

Bouchette, Joseph

1815 **Description Topographique de la Province du Bas-Canada, avec des remarques snr le Haut-Canada, et sur les relations des deux provinces avec Les États-Unis de l'Amérique**, Londres, W. Faden.

1832 **The British Dominions in North America; or a Topographical and Statistical Description of the Provinces of Lower and Upper Canada, New Brunswick, Nova Scotia, the Islands of Newfoundland, Prince Edward, and Cape Breton, Including Considerations on Land Granting and Emigration, to which are Annexed Statistical Tables and Tables of Distances, &c.**, London, Longman, Rees, Orme, Brown, Green, and Longman.

Brian, Éric

1998 «Du bon observateur au statisticien d'État», **Les Cahiers de Science & Vie**, n° 48, décembre, pp. 6-15.

Canada, Statistique Canada

1993 **75 ans à compter. L'histoire de Statistique Canada / 75 Years and Counting. A History of Statistics Canada**, Ottawa, Statistique Canada.

- Coats, Robert Hamilton
1946 «Beginnings in Canadian Statistics», **The Canadian Historical Review**, XXVII, 2, p.109-130.
- Curtis, Bruce
1993 «The Canada *Blue Books* and the Administrative Capacity of the Colonial State, 1822-1867, **The Canadian Historical Review**, 74, pp. 535-565.
- Desrosières, Alain
1993 **La politique des grands nombres. Histoire de la raison statistique**, Paris, La Découverte.
- Duncan, Joseph P. y Andrew C. Gross
1995 **Statistics for the 21st Century**, Chicago, Irwin.
- Gourlay, Robert
1822 **Statistical Account of Upper Canada, Compiled with a View to a Grand System of Emigration**, London, Simpkin & Marshall, (Republished in 1966, S. R. Publishers Limited).
- Hacking, Ian
1990 **The Taming of Chance**, Cambridge, Cambridge University Press.
- Lebrun, Isidore
1833 **Tableau statistique et politique des deux Canadas**, Paris, Treuttel et Würtz.
- Haliburton, Thomas C.
1829 **An Historical and Statistical Account of Nova Scotia**, Joseph Howe, Halifax.
- Norrie, Kenneth y Douglas Owrarn
1991 **A History of the Canadian Economy**, Toronto, Harcourt Brace Jovanovich.
- Porter, Theodore M.
1998 «Les professionnels des chiffres», **Les Cahiers de Science & Vie**, n° 48, décembre, pp. 24-30.
1986 **The Rise of Statistical Thinking**, Princeton, Princeton University Press.
- Rolph, Thomas
1841 **Descriptive and Statistical Account of Canada: Shewing its Great Adaptation for British Emigration. Preceded by an Account of a Tour through Portions of the West Indies and the United States**, London, Smith, Elder and Co..
- Sinclair, Sir John
1791-99 **The Statistical Account of Scotland**, 21 vols., Edinburgh.
- Taché, Joseph Charles
1865 «Mémoire adressé au Bureau d'Enregistrement et des Statistiques», **Documents de la Session** (n° 5), pp. 24-30.
- Ward, Reg y Ted Doggett
1991 **Keeping Score. The First Fifty Years of the Central Statistical Office**, London, HMSO.
- Weld, Isaac
1800 **Travels through the States of North America, and the Provinces of Upper and Lower Canada, during the Years 1795, 1796 and 1797**, London.

Westergaard, Harald

1932 **Contributions to the History of Statistics**, London, King.

Woolf, Stuart

1989 «Statistics and the Modern State», **Comparative Studies in Society and History**, pp. 588-604.

Worton, David A.

1998 **The Dominion Bureau of Statistics. A History of Canada's Central Statistical Office and its Antecedents, 1841-1972**, Montreal, McGill Queen's University Press.